

La Sierra Huraña de Estiatlán

Guillermo Samperio ■

A los amigos de Ajalpan

LA SIERRA HURAÑA se levanta al lado de un valle reseco donde se despliega, sucio, arenoso, alargado como iguana, el pueblo de Estiatlán. A vista de pájaro se nota luego por qué a la sierra le llaman Huraña pues sus montes y sus picos se ven grisáceos a pesar de los brotes de lo verde en uno que otro borde. Si se le ve desde lejos, en la carretera, su imagen es más bien negra. Algunos dicen que es una sierra mustia porque, ya en sus profundidades a cuatro o cinco horas en camioneta pick-up y a tres días a pie, entre lodazales y bordes de precipicio, se levanta de pronto una vegetación abrupta donde se combinan cactus, árboles chaparros y arbolones desmedidos de ramas que se derraman en el aire caliente que ahí arborea en el entorno. Pero de nada sirve tanta verdosidad ni juego de formas, pues la gente de las tres comunidades que por ahí perviven se tardan día y medio a pie para llegar al borde de Estiatlán y todavía tienen que bajar la empinada falda.

El puñado de habitantes de estas comunidades son indios que apenas pronuncian algunas palabras en castellano —como cerveza, Cristo y cerillos—, que escasamente despuntan desde un náhuatl antiguo, renegrido, serpenteante, que lleva bajo sus sílabas remembranzas y reminiscencias recónditas como el lugar mismo.

Las tres comunidades han tendido a colaborar con el Partido Viejo; la que se autonombra Téhuatl es la más recalitrante, liderada por un cacique gordo, reprieto, cuyos pantalones andan de costumbre a media nalga debido al peso del machete y el pistolón escuadra que lleva a todos lados, desde la cama hasta la fosa séptica. Este mismo cacique, de nombre Sebastián Teutli García, asesinó, colgándola de árboles chaparros con espinas desde el tronquillo hasta cada rama, y con tiro de gracia, a la familia Pérez Cóatl de la comunidad autonombrada Árbol Grande, acusándola de brujería y de practicar el rito del Palo Bermejo. Luego de descolgar los cadáveres casi desmembrados, en especial el de la jovencita, y de un funeral discreto, los habitantes de Árbol Grande, temerosos y ariscos, resguardados tras puertas apuntaladas y movimientos cautos y súbitos

en las afueras, desdican a Teutli, argumentando que la familia Pérez Cóatl simplemente quiso cambiarse al Partido Resucitado y que, aunque fuera brujería, para qué matar al niño más pequeño. Este familicidio se hizo famoso en la Sierra Huraña, bajó al valle terregoso, caminó el sendero empedrado, brincó a la carretera, pasó por Tetuatlán, el pueblo pródigo que ha rechupado al de Estiatlán, hasta llegar al edificio del gobierno central, sin detenerse en la prensa, pero donde se ha esparcido un silencio de cigarros perfumados.

II

En esta sierra, señores, habrá unas setenta comunidades indias. Por caminos disimulados, los talamontes ominosos pelearon los montes a través de los años y la imprudencia. Aún así, la Sierra ha sido necia y aguantadora, pues en distintas zonas de su corazón todavía persiste y renace la madera. Como el cacique Sebastián Teutli García, hay otros cuatro distribuidos estratégicamente y no de forma gratuita, por la Huraña. Son, como Teutli, extremistas del Partido Viejo, mantenedores de las dádivas y la entrega sin vergüenza, en cuyas comunidades se levantan cárceles que pocas veces están vacías. Hay quienes dicen que cómo es posible que un pókar de mandamases dominen y amedrenten a tanta comunidad, señores. No es de extrañar, comenta otro, pues en el valle pervive la sexta carta, la que puede intercambiarse por cualquiera y que vale por las otras cinco, un cacique que ya viste pantalones comprados en Tetuatlán y que usa armas de repetición y largo alcance. Proviene de una familia que se ha ido heredando el puesto principal desde la época de Miguel Alemán. Este hombre, si puede llamarse así, señores, tiene un expediente judicial así de gordo, con tres órdenes de aprehensión incumplidas, acusado de multihomicida, apropiación ilegal de cuatro mil hectáreas, violador en reiteradas ocasiones, asalto y allanamiento de morada. Su nombre es Jacinto José Negrete Espinosa, apodado por la población “El Rata”, accionista del matadero de Tetuatlán, transportista en mediano y talador tras bambalinas. Casi toda su familia tiene cargos públicos en el valle,

bajo sus órdenes y complicidad; lo protege, señores, un grupo de gatilleros que tiene en jaque a hombres, mujeres y jóvenes. Su hijo, de sobrenombre “El Raton” es, paradójicamente, el delfín que se perfila para las próximas elecciones.

III

Sin embargo hay un sin embargo y es que la población de Estiatlán ha llegado al límite de la paciencia y la humillación, si bien el miedo los hace andar repegados a las paredes, pero conspirando, si puede llamarse así, para hacer una limpia en el valle y, si es posible, en la Sierra Huraña que, aunque unos arriba y otros abajo, aunque unos hablen menos náhuatl que otros, aunque unos vistan pantalones normales y otros ni pantalones, se han dado cuenta de que padecen similares males del alma política. Hay un grupito de hombres y mujeres que se vienen reuniendo en un local atrás del mercado al pardear la tarde, es un grupo variopinto. Varios decepcionados de los Partidos, otros todavía pertenecientes a ellos pero convencidos de que es posible la limpieza política de la A a la Z, de que juntos aunque diferentes algo habrían de hacer. Saben bien que la situación de apuro y hambre tanto arriba como abajo puede derivar en dos caminos irreversibles, pues en la sierra del norte y en otros poblados está ya sucediendo: o las comunidades comienzan a sembrar droga o, desesperada, la gente forma o se afilia a grupos armados. Individuos calculadores, proclives por ambas salidas, ya andan merodeando en los confines de la Sierra Huraña y han hecho contacto tenebroso y dogmático con algunos desesperados del valle. Y cualquiera de las alternativas, piensa este grupito, se llevaría a la chingada a la gente.

En primeras, no quisieron que hubiera líder entre ellos y optaron por una comisión que sería rotatoria cada seis meses. Buscaron en otros lugares a quienes pensarán como ellos y se toparon con una agrupación, autodenominada Compromiso Civil, que no quería violencia ni pobreza. Después de largas noches de palabras y palabras, empezaron a subir y a bajar a la Huraña, hablaron con vecinos del valle, fueron calando cómo estaban los ánimos en distintos puntos hasta que,

por unanimidad, acordaron realizar una consulta popular que incluyó sólo dos preguntas: ¿Quiere usted que “El Rata” siga en funciones? y ¿Está de acuerdo en que se realice una auditoría? Con tanto ir y venir, cuchichear y pasarse mensajes al oído, no faltó quien escuchara los planes y fueron de chismosos con Jacinto José Negrete Espinosa, el cacique de caciques, quien preparó a sus gatilleros para un es-carmiento al grupito de Compromiso Civil de Estiatlán el viernes por la noche. Al indagar más y cómo estaban organizados, El Rata supo que venían gentes de otros lados, pero lo más tremendo es que la prensa se animó a publicar artículos donde se hablaba de la carrera sangrienta y nepótica del Jacinto José y de que ya un grupo de estiatlanenses se preparaba para hacer un plebiscito, palabra que El Rata no entendió pero que le sonó peligrosa. Anunciaban que el evento cívico se llevaría a cabo del domingo en ocho, montando casillas tanto en el valle como en los montes.

IV

Esa semana, señores, el pókar de caciques y los gatilleros anduvieron amedrentando gente, las cárceles de la Sierra se fueron llenando de indios inconformes y varios compromiscivilistas fueron golpeados o amenazados de muerte con anónimos y llamadas telefónicas, pero de nuevo la prensa dio noticia de los hechos y para el sábado las cárceles se tuvieron que vaciar y los golpeados desgolpearse. La noche de ese sábado fue la más tensa y peliaguda, señores. Las urnas fueron de cajas de cartón, las papeletas del voto se hicieron en la imprentita de don Efigio; aunque con letras chuecas, pudieron hacer algunos miles.

En la madrugada del sábado, salieron las primeras camionetas pick-up hacia la Sierra Huraña para colocar urnas hasta el culo de la sierra, señores, como dijo un compañero; para las comunidades más cercanas fueron saliendo carros cada hora hasta las ocho de la mañana. En la hondonada, de distintos puntos del valle, de manera discreta, con temor, pero decididos grupitos de tres, entre jóvenes, señoras de delantal y uno que otro del Compromiso Civil, fueron colocadas las urnas al lado de tendajos, varias en el

mercado, otras en las canchas de fútbol y básquet. A las nueve en punto, señores, arrancó la consulta. Los que iban a votar debían exhibir su tarjeta de elector, se les apuntó en una lista, emitieron su voto y les manchaban el dedo con tinta china la cual estaba en chino des pintarse. La gente que no sabía leer, la mayoría de la Sierra, tenían la opción de tachar rojo el “Sí” y azul el “No”. El Compromiso Civil no quería dobles ni triples votos ni para el cacique ni para ellos, pues si no de qué servía pretender higienizar el cochinerito, señores.

Al principio, la gente iba llegando a las mesas civiles de uno en uno, medio mustios; había señoras que se tapaban la cara con pañoletas y rebozos, muchachos de lentes oscuros, hasta que de pronto se sintieron más seguros al mediodía y fueron llegando con la cara abierta y de dos en dos, hasta alguna parejita de novios. Por ahí de las tres de la tarde, las camionetas del Rata anduvieron rondando las calles con arrancones y levantaban polvareda a velocidad irrefrenable, señores, mostrando sus armas y mentando madres. Corrió el rumor de un ataque a las mesas, por lo que algunas se retiraron, pero la mayoría de estiatlanenses siguió dando el servicio. Y en rigor se escucharon balazos en distintos puntos del cielo y una que otra ratatarratatarratá de alguna Uzi o AK-47 o de 50 milímetros. La gente ya no salió a votar, pero luego de las cinco, al notar que no habían herido a nadie, señores, salieron en grupos más nutridos a cruzar sus papeletas, de tal suerte que a las seis en punto se levantaron las mesas, cargaron las urnas y se fueron al conteo en el local, al que ese día habían rotulado con el nombre del grupo. Una que otra mesa tuvo que cerrar después de las seis debido a que la cola se había hecho larga, pero no pasó más allá de la media hora.

V

El lunes por la mañana, desde el culo de la sierra hasta el rincón más ratonero del valle sabían que el “Sí” había obtenido el 93% de la elección y que el “No” estaba en la lona con 6%; el 1% restante eran votos anulados. El clamor de las urnas cívicas se escuchó hasta Teutatlán. El cacique no supo qué hacer, pues fue visi-

ble que aunque mangoneaban de arriba abajo, la gente que vivía en torno de ellos los estaba señalando con dedo reluciente. Así, sin dormir y con los documentos bien ordenados, los compromisistas viajaron al congreso, donde los recibieron hasta el tercer día. La comisión pertinente les dijo que en lo breve se discutiría el problema de Estiatlán. Regresaron a su lugar y tanto una comisión de las comunidades indígenas como de pobladores mestizos, los escoltaron hasta su local atrás del mercado, donde ahora sí se organizó la fiesta con cohetones y bailongo. Los días siguientes fueron de desasosiego, ya que el congreso había prometido dar respuesta en un par de días ante la urgencia del asunto y el silencio se fue alargando. Las comisiones de CC iban y venían del congreso durante varias semanas, sin respuesta, como si los congresistas quisieran enfriar el asunto y archivarlo. El Rata golpeó a Fidencio, a uno de los compromisistas más respetados en esa rauda acción de participación colectiva; en el jaloneo, a uno de los gatilleros se le salió un tiro que le destrozó un pie a Fidencio, a quien atendieron en la clínica local. Fueron al ministerio público y se sumó un delito más en la carrera inhumana de Jacinto José Negrete Espinosa. Pero este suceso llevó al congreso a responder: como la consulta no es una figura electoral aprobada en las leyes, no se podrá sustituir al Rata, pero accederemos a realizar la auditoría. Fijaron la fecha para el jueves 13 de ese mismo mes.

VI

Mientras tanto, señores, Jacinto José se andaba moviendo de una ratonera a otra, desactivando trampas, sin comerse los quesos, eludiendo los venenos que un acto democrático le había puesto en su camino inmune. Gente de bigotes exaltados lo recibían y platicaban con él, dándole alas al roedor, pero alas verdaderas, de murciélago. Le aseguraron que la auditoría no se llevaría a cabo, que dejarían que se olvidara ese insolente y minúsculo incidente; se tallaban sus patitas unos a otros y sus largas colas realizaban arabescos grises dibujando arreglos bajo la mesa y naipes bajo la manga, señores. Cuando se despidieron, sus chillidos destempla-

dos se escucharon por una gran cantidad de cañerías, salieron sonsoneteando por las alcantarillas, subieron los chillidos hacia el aire y luego se enredaron en las nubes, señores, viajaron hacia el poniente, sobrevolaron Tetuatlán, hasta llegar a Estiatlán; allí, entre goterones de lluvia, se escuchó tanto arriba como abajo el chilladero de madriguera, pues más temprano que tarde los enjuagues enclaustrados llueven en algún momento y mojan a los que andan sin paraguas, señores. Aquel aguacero asustó a la colectividad, la cual escurría angustia como orines; esa tarde de chillidos, charcos y granizada violenta, se volvieron a llenar las cárceles en la Sierra Huraña, y en las oficinas del Rata hubo más heridos, más amenazados a muerte, risotadas de gatilleros de lentes oscuros en la cara de los civilistas; el ministerio público y la policía local se habían ido de asueto a ningún lado, pues todos dormían con sus concubinas, señores. La desolación de los gorriones y las alondras era un canto melancólico, húmedo, dolorido, que se esparcía como tonada sin futuro, sin ilusión ni ánimo, hasta que el canto fue sólo murmullo, bisbiseo, un soplo silencioso de viento frío.

VII

El miércoles 12, durante un amanecer pardo, por el mismo vuelo de comunicación llegó un zopilote mensajero; llevaba en el pico la confirmación doblada en cuatro que decía que ahora sí, para el lunes a las 12 am, llagarían los auditores, sello oficial y siete firmas de diversos congresistas. Y vuelta a vaciarse las cárceles, a desherirse los heridos, aparecieron los policías y el ministerio público con cara de qué rico me la pasé. El expediente de Negrete Espinosa Jacinto José cobró dimensiones de directorio telefónico o de guía roji o negra. El pókar de caciques estaba atolondrado y súper molesto, ya no sabían si sacar sus armas o guardarlas, esconderlas o rifarlas; jugando a los naipes, el tiempo se les escurrió a los gatilleros del Rata, se hicieron trampa unos a otros y por aburrimiento violaron al gatillero más joven, quien ya estaba acostumbrado y se estaba pasando, sin darse cuenta, al otro bando, pero no al de los compromisocivilistas. Por su lado, CC realizaba reuniones aquí,

allá y acullá (es decir en la Sierra Huraña), al contrario de lo que suponían los amedrentadores, pues CC tenía en sus manos el argumento más fuerte: un Sí y luego otro Sí del 90% rotundos, el fragor de la sociedad civil: su voto y su organización incluyente. Tuvieron que mudarse a un local más grande que prestó uno de los ladrilleros; improvisaron bancas con tablonos y sillas en los extremos. Se platicaba, se discutía, uno que otro le echaba ojitos a la vecina, se votaba con la mano levantada, se tomaba café, los chiquillos andaban de aquí para allá jugando a ladrones y policías, entre las filas de asistentes de todas las edades de muchas colonias y algunos nahuatlacos.

VIII

El lunes tempranito, señores, con un sol a media asta, la gente se fue juntando alrededor de las oficinas oficiales del Rata, las cuales estaban cerradas y sin alma alguna. En el parque de enfrente, de ahuehuetes macilentos, la gente ya no cabía, personas en las azoteas, asomadas desde las esquinas. Los civilistas esperaban en la escalerilla a que llegaran los auditores. Dieron las 12 am, dieron 13 pm, las 14 pm y llegaron las 17 pm y ni sus luces, señores. Minutos después, pasó una de las camionetas del Rata, la gente se parapetó donde pudo y donde no pudo, pero los gatilleros sólo dispararon carcajadas, burlas y una que otra mentada de madre burbujeante.

Allí mismo, los del Compromiso Civil decidieron llamar a Pablo, el plomero, que estaba recargado en uno de los ahuehuetes y le pidieron que trajera sus instrumentos de trabajo. Pa'luego es pronto, Pablo vino con sus gafas de soldador, su tanque de hidrógeno, su pistola de soldar y selló puertas y ventanas de las oficinas con soldadura, señores. Los civilistas llamaron a todos los ahí reunidos y les pidieron que se quedaran a proteger los archivos del despotismo. Como un tumulto ordenado, con el ruido consistente de sus pasos, cientos de personas rodearon el lugar, sentados en filas de muchos en muchos, obstruyendo las calles cercanas, lo cual imposibilitaba el tránsito de vehículos. Un comité de comida repartió tacos de guaguacoa, quesadillas y tepache. Se pusieron a cantar

melodías que recordaban los días en que Estiatlán se alzaba venturoso, señores, sus casas limpias y recién pintadas de colores naranjas, azul eléctrico y marrón, la sierra arbolada de verdes intensos y medios y altisonantes, cuando todavía montaban a caballo y no en burro ni en bicicletas, el río llevaba agua traslúcida donde se bañaban las vírgenes, cuando los perros de distintas tonalidades tenían nombre.

Los centenares de voces trovadoras entraron canturreando en la noche y, de pronto, se transformaron en rumor, en murmuración, que fue creciendo hasta volverse batahola, griterío y confusión, pues la policía central hacía su arribo contundente con jeeps y marchando como en desfile del 20 de noviembre; la gente se levantó, trastabilló y salió corriendo hacia el parque y las calles aledañas, pero la comisión del Compromiso Civil se quedó de pie, con las piernas abiertas, los brazos sobre la cintura. Frente a los policías, venían varios hombres trajeados que, al llegar ante los comprometidos, se identificaron como diputados de los distintos partidos y dos auditores. Uno de los diputados, de corbata de moño, reprendió al grupo de CC, señores, advirtiéndoles que se encontraban en flagrante delito y que la policía los acompañaba para apagar la revuelta de estiatlanenses. Que ya habían hecho demasiado ruido, barullo, barahúnda y malabares circenses, como si fueran contorsionistas sociales. Fidencia, el del pie jodido y vendado, los llevó ante las oficinas y les mostró que todo estaba en orden y que nada más habían soldado puertas y ventanas para proteger los archivos, señores, pues el antidemocrático Rata y sus gentiles esbirros podían hacer de las suyas. Así que otro diputado, de corbata normal, ordenó que desoldaran lo soldado y vino el plomero y en cuestión de media hora se abrieron puertas, ventanas y ventilas.

Cuando los auditores comenzaron la revisión de documentos, se volvió a escuchar un rumor de vocerío en la noche del parque, fuera de las oficinas se oyeron vehículos que se detenían con rechinado de llantas; luego, voces broncas y, de pronto, entró Jacinto José, señores, cargando su bella AK-47, acompañado del Ratón, su delfín, y varios de los sica-

rios, con arcabuces sofisticados al hombro, cargaban varias cajas desde las que asomaban facturas y pólizas. Se armó una de dimes y diretes en el sentido de que el Rata quería meter las cajas que había guardado en su casa y los auditores que ya no se podía, pues desde que habían puesto pie en esa oficina, iban a trabajar con lo que encontrarán, los Ratas insistían y los auditores se negaban y que si faltaban documentos sería responsabilidad del señor Negrete Espinosa, elegido popularmente, o sea, El Rata. El diputado de corbata de moño alzó la voz y pidió al Rata que saliera, lo mismo que sus acompañantes; en ese instante, el delfín se alborotó, farfulló leperadas entredientes, no se pudo contener y le dio una bofetada al diputado, señores, que resultó ser, para desgracia del Ratón, de su mismo partido, el Viejo. Se hizo un silencio sordo, retorcido, hondo, inflamado; las caras se miraban unas a otras y nadie atinaba decir ni a hacer nada, señores. Con voz entrecortada, el diputado ofendido se dirigió al jefe de la policía y le preguntó: ¿Se va usted a quedar con los brazos cruzados, señor responsable del orden, la simetría y la articulación? De ninguna manera, respondió el hombre de montera azul, pero al verse sólo acompañado por dos hombres de armas rusticanas, salió y dio voces para que el comandante viniera con su gavilla de asalto.

Sin pensarlo dos veces, el Ratón salió de inmediato mentando madres, lo siguieron los gatilleros y, torpe, finalmente salió El Rata. Los pillastres bajaron las escalerillas a trompicones y se apelonaron en las camionetas, las echaron a andar y, en reversa, empezaron a moverse. Se iban alejando, pero como todos miraban hacia detrás, nos se dieron cuenta de que habían dejado al Rata quien, cargando su inseparable y quizá amasia AK-47, reculaba caminando para atrás, señores; desde las azoteas, el parque y las calles cercanas, el pueblo veía el acontecimiento. Con el pantalón medio caído, la metrallera a mano, un pie se le atoró en un bache, se tambaleó y Jacinto José cayó de nalgas, señores, disparándosele el arma y atinándole a los faros de una de sus camionetas, cuyo chofer en ese momento se dio cuenta de que su jefe estaba en el suelo patas arriba; varios tipos bajaron de

la pick-up, recogieron al Rata, lo aventaron como costal de camotes a la camioneta y desaparecieron en las sombras nocturnas de la huida. Una carcajada colectiva se alzó sobre el firmamento, se extendió por toda la zona y subió hasta los confines de la Sierra Huraña, tocó a la puerta de cada cacique y golpeó fuerte en la del que asesinó y colgó a la familia por brujería, señores. Los auditores iniciaron su larga espulgación de documentos.

IX

En los días que vinieron, El Rata desapareció de la zona, el congreso nombró un interino, se creó la dirección de asuntos indígenas, el delfín también se hizo ojo de alcantarilla. El cacique ahorcador fue enjuiciado y se negoció con los otros cuatro. Por su lado, los civilistas lograron subir libremente a la Sierra Huraña, ayudaron a las comunidades a crear la Coordinadora Indígena y Campesina con el fin de que negociaran de forma colectiva y no aislada; con el apoyo de varias organizaciones civiles pudieron conseguir fondos internacionales y nacionales para montarles invernaderos, una escuela de carpintería, realizar un estudio de tierras y de caída de agua; empezaron a exportar las artesanías y los tejidos que ahí se realizaban. Y lo más importante: las comunidades reforestaron a la Huraña.

“MI FAMILIA ES DE MÚSICOS, uno de mis abuelos compuso “La canción mixteca”, y mi padre fue compositor de música orquestal. Mi madre es pianista y tengo tres hermanos: violonchelista, violinista y pianista.

”Cuando me formé en esta familia el ámbito musical era de todos los días, mi decisión fue hacia la pintura por encontrar otro tipo de lenguaje a nivel de tonos y luces que se perciben a través del conocimiento de la música.”

Othón Téllez es un artista plástico orgullosamente mexicano que ha sabido plasmar un estilo único en sus obras y es reconocido internacionalmente por ello.

Estudió pintura en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La

Compromiso Civil postuló a Fidencio, el del pie balaceado, como candidato de la sociedad civil, no por herido ni por cojo, sino porque era el que más servicio había dado a su tierra.

X

En estos momentos, señores, se están llevando a cabo las campañas electorales. Se habla de que algún día, no lejano, regresará El Rata. Que las casas serán pintadas de colores naranjas, azul eléctrico y marrón. Que los caciques llenarán de nuevo sus cárceles. Que el río volverá a ser translúcido y que en la sierra renacerán los verdes intensos y medios y altisnantes. Que los ominosos taladores regresarán en el noctámbulo soborno a pelear la Sierra Huraña. Que los miembros del Compromiso Civil, entre ellos el Pirata Fidencio, como ya le apodan los estiatlanenses, claudicarán ante cañonazos de cincuenta mil pesos. Pero todo esto sólo lo saben los pobladores de Estiatlán, los de la Sierra Huraña y el destino imprevisible. Lo que sí se sabe, señores, es que la Coordinadora Indígena y Campesina de la Sierra Huraña acaba de tomar acuerdos con la de la Sierra Norte. Los niños de abajo y los de arriba todavía no olvidan la carcajada colectiva que se alzó sobre el firmamento ■

Esmeralda” del INBA, paralela a la carrera de Filosofía en la UNAM.

Lleva 25 años en la profesión de darle forma única a los objetos de la naturaleza con un toque musical que hace que su obra sea innovadora en su tipo. Actualmente es académico en el Centro Nacional de las Artes y se dedica a impartir seminarios y conferencias, además de elaborar la escenografía, vestuario, iluminación y dirección artística en diversas obras de teatro.

Othón ¿cómo catalogas tu pintura?

Pienso que estoy en proceso y en estos 25 años he ido precisando el discurso visual que trabajo. Sin embargo podría decir que la columna vertebral es el im-

La partitura visual. Entrevista con Othón Téllez

Marcia Brambila ■